

Amor, emocionado, tomóle ambas manos estrechándolas con efusión.

— ¿De modo que aceptáis? — preguntó el hombre.

— ¡Ya lo creo que acepto! Con el alma y la vida. Como que me sacas de un grave apuro.

Hizose el acuerdo enseguida. Bernardo podría disponer de la mitad del dinero de que Matraca sería depositario, entendiéndose que toda suma adquirida en lo sucesivo ingresaría en el fondo ó masa común.

Dando sin dar en realidad, el avisgado perezoso asegurábase el reintegro usurario de las cantidades que iban á salir de su bolsillo, y dábaselas de generoso cuando en realidad era un calculador positivista.

Y fué así cómo al siguiente día y á corta distancia de la caravana formada por las cuatro personas que desertaban el castillo de Bonaguil, pudieron tomar el camino de Paris el caballero Bernardo de Arma y su notable escudero.

El lector sabe ya cuánto intrigó á la marquesa escolta tan respetuosa como persistente, y cómo se terminó el viaje, en las inmediaciones del arrabal de San German, después de la lucha contra los extraños bandidos del barón Cortomontel, con la liberación de Glorieta y la llegada del caballero bajo el sobradillo de la casa de las Miñonas.

X

EL PRADO DE LOS CLÉRIGOS

Divididos en dos grupos los miñones habíanse retirado de la sala de la orgía, unos en pos de Rolando, duque de Nemours, y los otros, los partidarios del de Guisa, rodeando á Carlos de Entragues, quien había tomado bajo su protección á Bernardo de Arma, el audaz interruptor de la alegre fiesta.

Ya sabemos que, una vez sola, la bella Fiamma fuése á la ventana, poniéndose en comunicación con el personaje de la capa apostado bajo el sobradillo, al cual hubo de suplicar, finado su diálogo, en estos términos:

— Ahora va hacia el Prado de los Clérigos; ¡impedid que lo maten las espadas!

Preciso era que el personaje así invocado se hallase en posesión de un poder sobrenatural, cuando inspiraba á Fiamma tan extraordinaria confianza.

¿Cómo en efecto habría ésta rogado á aquel hombre que preservase de la muerte á un duelista en el mó-

mento del combate, á no saberlo capaz de conseguir tal resultado, no personalmente, sino con ayuda de medios extranaturales?

La petición de la joven no sorprendió en modo alguno al desconocido. Acarició éste la aterciopelada mejilla de Fiamma, mostrando al hacerlo una sortija ornada de magnífico rubí color de sangre que llevaba en el anular, y le dijo con voz grave:

— Anda, hija mía, vuélvete á casa. Viniste á este sitio de perdición por obedecerme y en cumplimiento de un deber. Terminado este, tu presencia aquí no debe prolongarse un solo momento más. Me pides que sea salvo ese joven... Bueno: yo podría preguntarte por qué interceder en su favor, pero no es preciso... Ya sabes que á mí nada se me oculta; leo en tu corazón, pequeña, como en un libro abierto. Tu corazón ama; es una lástima, porque sufrirá... Pero ¡qué le hemos de hacer! Nada temas por el objeto de tus pensamientos; su destino ha de cumplirse, y para eso es preciso que viva. Vivirá, nada temas. Y ahora anda, hija mía, anda, retírate. Si los predestinados, como todo lo demás en el mundo, tienen su hora marcada en el reloj de los tiempos, la hora presente no pertenece á nadie más que á Dios... ¡Anda!

.....

Tanto y tan minuciosamente han descrito el Prado de los Clérigos los autores de operetas, los novelistas y los poetastros, que si nosotros mostrásemos á los menos instruidos un campo cercado plantado de puñales y provisto de una orquesta cuya misión es la

de alegrar los últimos momentos de los combatientes estropeados, no sabrían reconocerlo.

En la orilla izquierda del Sena, frente al Luvre y á las Tullerías, extendíase en otro tiempo verde pradera en la que abundaban los bosquecillos, y plantada además de arboles corpulentos que mantenían en ella un fresco muy agradable.

El espacio ocupado por dicha pradera podría circunscribirse hoy en los límites de un cuadrilátero irregular, formado por los muelles Malaquais, Voltaire y buena parte del de Orsay al norte; al oeste por la calle de Borgoña y Cámara de los diputados; al sud por la calle de San Dominico, y por la de Mazarino al este.

Medía aproximadamente unos mil cuatrocientos metros de largo por quinientos de ancho.

Dicha pradera era el Prado de los Clérigos, que fué dividido en dos partes desiguales, llamadas respectivamente el Prado grande y el Prado chico, que subsistieron hasta fines del siglo xv.

El prado chico, situado al norte de la abadía de San Germán ocupaba el rectángulo alargado que se limita hoy por las calles Mazarino y Bonaparte de un lado y la de la Abadía y el muelle Malaquais de otro.

Un canal, que ocupaba sobre poco más ó menos el espacio que hoy ocupa la referida calle Bonaparte, y que por regla general solo acarrea fango, descendía desde la calle de San Benito hasta el Sena separando uno de otro al Prado grande y al chico.

Este último fué cedido en 1368 á la Universidad por el abad de San Germán, y á partir del momento de

dicha cesión, quedó convertido, lo mismo que su vecino el Prado grande, en paseo favorito de estudiantes y seminaristas, por lo que ambos recibieron el nombre genérico de Prado de los Clérigos. Sin embargo de su boga, en 1577, época en que ocurren los sucesos que relatamos, ya apenas quedaban vestigios del Prado chico. Débese esta absorción á que demasiado oprimida por el cinturón de murallas almenadas que rodeaba la ciudad, la población hubo de buscar espacio y aire franqueando dichos muros y construyendo fuera de ellos nuevas viviendas.

Entonces fué rellenado el canal, con objeto de que los escolares y paseantes pudiesen ir á esparcirse un poco más lejos; y con pretexto de procurar mayor esparcimiento á la gente alegre y joven, establecieronse en aquellos alrededores gran número de merenderos y aun alguna que otra casa de placer como la que, de estilo mudejar, hizo construir nuestra conocida Mirtila, llamada por mal nombre la Pulpa, en el extremo limite de los nuevos merenderos y precisamente enfrente del hotel de los campos de Villanueva-Marsan.

En realidad pues, el Prado grande conservaba su destino primitivo, el de paseo, y en él había hecho plantar Enrique II ocho hileras de árboles que comenzaban á hacerlo umbroso, siendo este el único paseo que ofrecía dicha agradable sorpresa á los habitantes de Paris.

El hotel de los Villanueva-Marsan y el muro que rodeaba su parque limitaban el Prado de los Clérigos

solo en una parte, aunque considerable, de su lado este. Por otro lado, por otros, mejor dicho, además de la casa de las Miñonas, dicho campo gozaba de la vecindad de una notable colección de tabernuchas que ofrecían al paseante discreto abrigo y ocasión de tomar el fresco bajo la umbria cercana al rio.

El establecimiento de la Pulpa era el menos crapuloso de aquellos lugares de cita en los que se practicaba simultáneamente el culto de Baco y el de Venus. Los demás componíanse sencillamente de casucas, ó de cenadores primitivos armados con unas cuantas ramas de árboles, en los que unas cuantas sirvientas educadas en el arte de agradar á los parroquianos iban y venían entre estos últimos, proponiendo indiferentemente al consumidor jarros rebosantes de vino de Anjou, ó frescos besos de sus labios en exceso purpurinos.

Esta libertad, que bien podríamos llamar libertinaje, no hubiera sido tolerada en modo alguno en el interior de la capital y era la causa determinante de la boga alcanzada por los merenderos del Prado de los Clérigos que, al decir de las gentes, se hallaban á cien codos por encima de sus rivales, los sometidos á la vigilancia del gran Prevoste.

Digamos aquí, aun exponiéndonos á que el lector juzgue severamente la licencia acordada á los merenderos del Prado de los Clérigos, que éste estaba aún bajo la jurisdicción del Abad de San Germán; y si el reverendo padre cerraba los ojos para no ver lo que ocurría en aquel sitio de placer, no era precisamente

por ignorancia, sino atendiendo al mayor provecho de la comunidad.

Los propietarios de los merenderos pagaban, en efecto, con arreglo à la importancia de sus negocios. Puesto que el diablo multiplicaba estos, era cosa de dejarle hacer, ya que, trabajando por los propietarios fomentadores del escàndalo, trabajaba al mismo tiempo en el aumento de las sumas destinadas à obras pías. Esa era la moral del Abad arrendatario.

El paseo propiamente dicho, componíase de cuatro avenidas, bordeadas de árboles según acabamos de explicar, con bancos de piedra ó de madera de trecho en trecho. Por aquellas paseaban generalmente los estudiosos, los soñadores y los aprendices de Demóstenes, sirviendo en cambio los bancos para el aislamiento de las parejas de enamorados.

Contra el muro de cerca del parque de Villanueva-Marsan hallábase instalado al aire libre un juego de pelota, y más lejos, entre los bosquecillos de arbustos de hoja perenne, diferentes juegos de arco, de ballesta y de arcabuz congregaban siempre numeroso concurso de tiradores y de mirones.

La comunicación entre el Prado de los Clérigos y la orilla derecha del Sena hallábase asegurada por una barca que estacionaba frente à la Puerta Nueva.

Pasada la hora del meridiano poblábase diariamente el Prado de los Clérigos de una abigarrada multitud, no tan cosmopolita como la que congregábase para celebrar la feria de San Germán, pero alegre y bulliciosa como ella. Escolares, seminaristas, curiales, de todo

había allí, que llegaban del barrio de la Universidad por la calle del Pavo, y se confundían con los que acababan de franquear las puertas de Bucí y de Nesles.

Al lado de esta última alzábase la torre de Nesle, ilustrada por las fantasías amorosas y criminales de Margarita de Borgoña; torre famosa cuya siniestra nombradía debía perpetuarse, y destinada à caer, poco menos de un siglo más tarde, bájó la piqueta demole-dora, para que en su sitio se alzase el palacio de Mazarino.

Por el río llegaban à su vez gentes de la ciudad y de la corte: grandes señoras con toaletas llamativas y gentileshombres de satinada sobreveste y sombrero adornado de blancas plumas. De éstos, unos servíanse de la barca, y se apretaban en sus bordes, arrugando y manchando sus trajes y aun desgarrándolos à veces con el roce de la cuerda, pero sufriendolo todo sin protestar. ¿No iban acaso hacia el placer? Otros, los más empingorotados, utilizaban barcas de alquiler, y muellemente tendidos en la banqueta de popa, indolentes como patricios venecianos, dirigíanse à dar un vistazo à las obras del Puente Nuevo, que comenzaban entonces, antes de hacerse conducir à la otra orilla en la que forzosamente habrían de codearse con gente-cillas, y lo que es aún peor, con hampones, truhanes y descuideros que frecuentaban entonces el paseo de moda.

Tal era el aspecto animado y alegre del Prado de los Clérigos durante la tarde, hasta la hora del crepúsculo vespertino. En cambio por la mañana, tenía-lo muy

diferente. El campo que podríamos llamar de experimentación para los galantines, enamorados y buscadores de buenas fortunas amorosas, convertíase, en las horas de la mañana, en terreno destinado á ventilar los lances llamados de honor. El verde musgo del Prado de los Clérigos ofrecía á los duelistas muelle tapiz, y protector abrigo la masa sombría de sus discretos bosquecillos.

Eran tan frecuentes los encuentros, que de resultas de ellos quedó bien diezmada la nobleza del siglo xv. Y no es que hubiese motivo para ello. Es que con el carácter quisquilloso de los señores de aquella época bastaba un ademán, un gesto, una sonrisa, menos aún que eso, para que dos ó varios de ellos corrieran á darse de estocadas.

Los gentileshombres escogieron pues la pradera de los Clérigos para vivir, para amar y para morir en ella, y más de una bella y honesta dama pudo hollar con su pie breve, sin saberlo, la hierba húmeda aún de la sangre derramada aquella misma mañana por su cortejador de la víspera.

Con el interdicto de Luis IX contra el combate judicial, recuerdo de la barbarie de los galos y de las demasías de la feudalidad, terminó el carácter legal del duelo. Entonces pudo esperarse que desaparecería de nuestras costumbres; sin embargo, la imprudencia de Enrique II y su afición inmoderada por las armas, lo pusieron de nuevo en moda.

Moda fué ésta que hizo espantosos y rápidos progresos durante los reinados que siguieron al del segundo

de los Enriques; y como las venganzas personales aumentaron el número de lances, los vecinos del barrio de San Gervasio fueron diariamente testigos por aquel entonces de escenas sangrientas, muchas de las cuales degeneraban en asesinatos.

Ya no bastaba la espada; al uso de esta añadiase el empleo de la daga en combates que ponían unos frente á otros á seis, ocho y hasta doce adversarios.

Como todo testigo, sin inquietarse siquiera de la razón del lance, venía obligado á hacer suya la querrela del que le honraba reclamando sus servicios, y como además estaba permitido, una vez muerto ó fuera de combate el adversario, lanzarse en socorro de los suyos, claro es que tales encuentros no eran un juego ni una comedia, como lo son el saludable paseo seguido de copioso almuerzo que constituye el único peligro de los duelos modernos.

Aquellos eran otros tiempos. Entonces la muerte estaba segura de llevarse consigo á algunos de los combatientes. Como aún no se había inventado el champagne, no era posible beber á la salud de los adversarios reconciliados; en cambio la hierba del Prado absorbía buena cantidad de sangre fresca, procedente de sangrías generosas con las que el honor se declaraba apenas satisfecho. Los jóvenes nobles prodigaban allí sus vidas con perfecta indiferencia, con desprecio absoluto de la muerte, demostrando una bravura tan ciega como mal empleada; esta ligereza, huérfana por completo de la más rudimentaria reflexión era síntoma tan evidente como inquietante de la deplorable deca-

dencia de los gentileshombre de aquella época fecunda como ninguna otra en tan deplorables lances.

De aquí que las familias más poderosas entretuviesen secretamente en torno de ellas, á imitación de las de Venecia, Verona y Espoleto, buen número de bravos, matones y espadachines « que alimentaban con sangre » según frase pronunciada más tarde por el cardenal Richelieu hablando del duelo habido entre el barón de Luz y el caballero de Guisa.

Claro es que la autoridad real de una parte, y de otra los gobiernos, procuraron en diferentes ocasiones poner un dique á tal locura homicida; pero ni el edicto de Carlos IX en 1566, ni la prescripción de Blois de 1579, ni la sentencia del parlamento de Paris de 1599, lograron contener los ímpetus de los profesionales del honor. Richelieu fué el único que consiguió poner término á tal demencia haciendo caer bajo el hacha del verdugo algunas cabezas demasiado altivas y sobrado ligeras.

El terreno escogido para tales combates era casi siempre el mismo : bien los jardines del Hotel San Pablo, bien el molino de San Marceau, la colina de San Roque, á espaldas del convento de San Lázaro ó la viña de los cartujos, la misma en que, como ya hemos visto, cambiaba el báron Cortomontel los espantajos en bandidos inmóviles y silenciosos. Sin embargo, el sitio de preferencia era, como ya sabemos, el Prado grande de los Clérigos. En este, lindante con la casa de las Miñonas y con el muro de cerca del parque de Villanueva-Marsan, era donde debía desarrollarse el lance

hecho inevitable por la provocación de Sed de Amor. Los amigos del duque Rolando y los de Maugiron, el miñón de los hermosos ojos, habíanse retirado los primeros para escoger el terreno y decidir cuáles de entre ellos actuarían de testigos; tras ellos salieron los miñones del de Guisa, escoltando al caballero de Arma y á su ilustre padrino Carlos de Entragues.

Franqueron ambos grupos el arco moruno del establecimiento de la Pulpa sin encontrar alma viviente en su camino, tal vez porque la obesa Mirtila, avisada de lo ocurrido por las miñonas ó por alguno de sus espías se guardó bien de mostrarse por no verse en la precisión de presentar al gran Prevoste una denuncia circunstanciada que habría podido privarla de buena parte de su habitual clientela.

Luego de doblar la esquina nordeste de la casa, los jóvenes, volviendo la espalda al Sena, encamináronse en derecha al juego de que hablamos antes. Serían entonces como las seis de la mañana. Marchaban delante Entragues y Bernardo, ambos silenciosos. El primero examinaba con disimulo la rama de muérdago que adornaba el sombrero del segundo, y éste, fija en el suelo la mirada, reprochábase su ligereza que le llevaba á un duelo en el momento mismo en que hubiera debido ocuparse por entero en la tentativa de liberación del gran marqués. Chicot, solo, caminaba tras los dos nuevos amigos, felicitándose en su fuero interno del sesgo trágico que había tomado el asunto, y detallando la corpulencia de Bernardo y su indudable flexibilidad que hacíanle creer en la posibilidad de que el imperti-

nente duque, gran favorito que él detestaba, recibiese una corrección tan magistral como merecida.

Por último, cerrando la marcha, veíase á Riberac y á Mercœur que sostenían, cada uno por un brazo, al obeso Schomberg, aún bajo el imperio de la embriaguez. Lejos de estar silenciosos, estos últimos hablaban, al contrario, por los codos.

— Trata de andar derecho, amigo; — decía el cuñado del rey al gentilhomme lorenés. — Cualquiera diría que la vista de Isis la hermosa te ha hecho perder la idea que debes tener de la perpendicular.

— No; — explicó Riberac riendo; — lo que ha perdido es la sangre. Por sus venas no circula nada más que vino.

— Tengo sed; ¿por qué no me dais de beber? — decía el beodo tropezando á cada paso. — ¿Y quién habla de Isis? Isis no existe; es un valor negativo.

— ¿Un valor negativo mujer de tal hermosura?

— Pero que no bebe; y no bebiendo, para mí como si no existiera. De modo que no hablemos más de ella. Yo á quien amo es á miss Huming porque es inglesa y sabe beber.

— Por mi fe que da asco oírte, conde, — aseguró Riberac — ¡Amar á los diez y siete años á una mujer más vieja que tú! ¿No te parece eso horrible? Miss Huming tiene veinticinco años.

— O más; — aseguró Mercœur. — En el escuadrón de la reina madre no forman más que viejas.

— ¡Pero bebe! — decía el beodo con risa espasmódica. Vale pues mucho más que las jóvenes.

— Procurad no quedaros muy atrás; — gritó desde lejos de Entragues, quien acababa de volver la cabeza.

Atravesaban él y Bernardo en aquel momento el espacio bien iluminado de la plaza, desierta en tal hora matinal.

El hombre de la capa debió sin duda eclipsarse terminado su corto diálogo con Fiamma, porque la penetrante mirada del caballero no vió nada de particular en las inmediaciones del sobradillo bajo el cual pasara él mismo la mayor parte de la noche precedente.

Su mirada se desvió luego, naturalmente, hacia la fachada del hotel de Villanueva-Marsan; pero la apartó enseguida lanzando al mismo tiempo hondo suspiro.

De Entragues oyó este último, como había sorprendido la mirada.

— Caballero, — dijo apoyando con familiaridad su mano en el hombro de su compañero; — os tengo por un perfecto gentilhomme, galante é idólatra del honor. Vuestra entrada en materia en la sala de las delicias fué de una audacia sorprendente; é hizo enseguida de mí vuestro amigo; os doy de ello mi palabra. Siendo esto así, sabed que penaríame en gran manera saber que tenéis una pena que no me es dado compartir... Desearía que os dignaseis confiarme por qué razón; vos, un bravo, no puedo dudar de ello, os sentís de pronto agobiado por la tristeza.

Bernardo se estremeció.

— Señor conde, — dijo — mucho es lo que os debo para que tan pronto lo haya olvidado: Para mí es un

honor que no tiene precio la adquisición de una amistad como la vuestra; sería pues para mí una satisfacción inmensa la de compartir con vos cuanto tengo y cuanto siento...

— ¿Qué es lo que mirabais hace un instante?

— Una ventana.

— ¡Ah, caballero, perdonad mi indiscreción. Ese hotel — dijo de Entragues — ese hotel pertenece al cautivo de Vincennes y á las damas desterradas en Bonaguil, ¿no es cierto?

— Sí.

— Pues ahora me lo explico todo.

— ¿Qué es lo que habéis comprendido?

— Que el hombre que tan virilmente se ha erigido en campeón de la belleza, de la debilidad y de la desgracia no puede pasar frente á la morada de aquellas á quienes va á vengar sin dedicarles, al pasar, un recuerdo.

Bernardo inclinó la cabeza, comprendiendo que le habían adivinado por completo, pero que, por generosa delicadeza, absteníase el conde de explicarse más libremente.

Chicot, que marchaba tres pasos detrás de ellos, no había perdido ni un movimiento ni una tan sólo de las palabras cambiadas, entre ambos jóvenes.

— No hay duda, — se decía — es el enviado del Bearn... ¡Buen genio el que se gasta en mi país! ¡Qué vigor y qué energía la de ese muchacho!... Y para que nada le falte hasta sentimental y todo. Es decir, sí, algo le falta: un poco de confianza... Aún no ha dicho

una palabra sobre el asunto que nos interesa. ¡No importa! Tal y como es me gusta ese muchacho.

Extinguida al fin la risa espasmódica del bebedor lorenés, los tres miñones que marchaban á retaguardia habíanse puesto de nuevo en marcha, y atravesaban á su vez la parte de la plaza alumbrada por el sol.

— A propósito; — decía Schomberg con la insistencia propia de los ebrios. — ¿Qué se ha hecho de mi inglesa? Hace mucho tiempo que no le he echado la vista encima.

— La verdad es — añadió Mercœur — que parece que se ha tragado la tierra á miss Huming.

— Esta noche no estaba tampoco en la casa de las Miñonas con las señoritas de Saint-Remy y de Limeuil...

— ¡Cómo! Tú, un sediento de tu capacidad, ¿has podido ver bastante claro para notar su ausencia? — preguntó Mercœur.

Y Riverac hizo observar:

— Debe estar en misión.

— ¿En misión?

— Sin duda. Por lo que nos ha contado Nemours se comprende que para hacer volver á Paris á las señoras de Villaneuva-Marsan ha sido preciso un correo ó una mensajera... ¿Y á quién mejor que á miss Huming, que tan lista es, podía confiar tal misión la reina Catalina?

— ¡Es imposible!

— Puede, pero no creo equivocarme.

— De ser así, la habríamos visto ya, porque las señoras de Villanueva están de regreso en Paris.

Schomberg gruñó entre dientes.

— Haced mucha sed, y miss Huming es una esponja.

— El hecho de que hayan llegado, — continuó diciendo Riverac, — no quiere decir que la inglesa esté ya libre. Las amigas de la reina son espías de gran habilidad.

— ¡Una esponja! — repetía el beodo; — una esponja mojada, que yo querría exprimir para beberme el contenido.

Sin hacer caso de estas interrupciones, Mercœur preguntó á Riverac :

— ¿Dónde crees tú que se encuentra?

— ¡Ahí! — dijo el conde señalando con el índice al hotel silencioso.

Habían ya pasado los jóvenes, cuando se produjo un movimiento extraño de los objetos amontonados bajo el sobradillo, y el hombre de la capa salió de tras un montón de cajas, dirigiéndose lentamente hacia los bosquecillos que encuadraban el juego de pelota formándole un á modo de verde marco.

XI

SOLANGE

Dejamos á la marquesa de Villanueva, á su hija Solange y á su modesto acompañamiento en la encrucijada de la Cruz Roja en el momento en que, intrigado por los gritos de Glorieta, hubo de llegarse hasta ellas Bernardo de Arma, aconsejándoles se apresurasen á ganar su domicilio para evitar posibles peligros.

Guiada por Cortansio que empuñaba la antorcha cedida por el caballero, la pequeña caravana aventuróse por la callejuela del Dragón, y dando vuelta á la abadía de San German, ganó la calle de los Santos Padres, que no era entonces otra cosa que un camino lleno de baches que utilizaban los propietarios de las tabernuchas instaladas en el Prado de los Clérigos.

Llegados á la entrada de la plazoleta que separaba el Hotel de la casa de las Miñonas, la luz de la antorcha de Cortansio iluminó un grupo compuesto de dos mujeres y otros tantos hombres.